

Mis queridos hermanos:

Así os habla, desde los campos de batalla que el enemigo abandona día a día, el pueblo marroquí que se asocia al Centenario de Ayacucho, por intermedio de vuestro amigo

ABD-EL-KRIM

Regente provisional de la República del Riff.

(De *Renovación*,
Buenos Aires).

Un aplauso a Abd-El-Krim

En largos años de guerrear con tenacidad y talento indiscutible por la libertad de sus montañas rifeñas, Abd-El-Krim ha logrado reconquistar amplias regiones del Norte de Marruecos, y lo que es más importante, introducir en esa lucha por la libertad un espíritu nuevo de organización, semejante a la que buscan todos los pueblos progresivos, paralelamente con el prodigio hecho por Mustafá-Kemal en Turquía.

Ultimamente, además de sus campañas contra el imperialismo español, ha embestido contra el imperialismo francés, ampliando sus propósitos de redención árabe a todo el conjunto de colonias hoy explotadas por las potencias mediterráneas.

Los indolatinos, que en época pasada luchamos por nuestra independencia nacional, y que aún hoy nos vemos acosados por pretensiones de pueblos que a título de razas superiores quieren despojarnos de libertad y vida, no podemos, no debemos permanecer indiferentes ante la gesta de Abd-El-Krim, ante esa voluntad recia, clara y definida, de ser lo que se es y no lo que disponen los gobiernos extraños, fundados aún en el derecho de la garra más afilada. La América Republicana, traicionaría su razón misma de existir, si se mostrase hipócritamente ciega ante esa lucha que los rifeños admirables sostienen contra los decadentes imperialismos del Mediterráneo, representados por desgracia, por gente latina.

Pero nuestro modo de amar a Francia y a España no se funda en desearles un poderío material sangriento y reprochable, y al fin ruinoso, sobre naciones que aspiran a vivir y desarrollarse conforme a sus propias inclinaciones; sino que, como los mejores españoles y los mejores franceses, queremos que España y Francia sepan respetar la libertad y la justicia, tanto dentro de sus límites nacionales como fuera de ellos.

Abd-El-Krim hoy, como ayer los Libertadores nuestros, está enseñando la lección enérgica del desastre a esos gobiernos caducos, que viven de la mentira o de la renegación, y que son capaces, como el absurdo tribuno republicano, de preferir un gentilicio a una declaración de fe.

Nosotros queremos a España y a Francia a beneficio de inventario, condicionalmente, como debe hacerlo con todos los pueblos, y hasta con todas las personas, quien tiene facultad crítica y poder de libre elección. Queremos lo que en esas naciones, a las que nos ligan tantos nexos, significa raíz, semilla o flor de cultura, de justicia, y promesa de porvenir humano. Y nada queremos de los detritus de vejez que en forma de conquistas sangrientas e incendiarias, o de hostilidades y negaciones para el espíritu moderno, representan los Poincarés y los Primos de Rivera. Por eso le enviamos un lejano pero cordialísimo aplauso a Abd-El-Krim.

(*La Antorcha*,
México, D. F.)

Lo explicable y lo inexplicable del señor Lugones

(*El Sol*, Madrid).

No abrigo la más leve esperanza de llegar con D. Leopoldo Lugones a ningún acuerdo en materia política, ya se trate de ideas generales, ya de temas concretos. En los años, no tan distantes aún, en que él solía profesar un liberalismo lindero con el polo anarquista, no era imposible entenderse con el señor Lugones; hoy que navega por el polo opuesto de la dictadura — salto antipódico, nada infrecuente entre cierto tipo de escritores aparecidos en el curso de los últimos cincuenta años, — hay que renunciar, no sin dolor, a las dulzuras de toda inteligencia recíproca.

En *La Nación*, de Buenos Aires, sigo desde hace tiempo la nueva y vehemente trayectoria política del señor Lugones, y he llegado a la convicción de que es tan rígido y absoluto su paralelismo mental con cuantos sostenemos una concepción liberal y democrática del Estado en sus relaciones con el individuo y en sus deseables relaciones con los otros Estados — cuyo germen está ya en la Sociedad de Naciones, — que nuestros pensamientos no podrán consolarse, como las paralelas geométricas, con la idea de encontrarse ni en el infinito.

Pero esta conclusión, amarga como todo lo que nos aparta de los que alguna vez tuvimos por los mejores representantes de la inteligencia contemporánea, no me excusaría de desentenderme de las alusiones que me hace en su carta al señor Urgoiti,⁽¹⁾ publicada en estas mismas columnas, porque allí me dirige implícitamente dos reproches de que me interesa justificarme: uno, por haberle atribuido determinada actitud política, y otro, por falta de claridad y concreción en el enunciado de que hay que organizar el pensamiento hispanoamericano.

En cuanto a lo primero, nunca dije en el artículo donde glosaba otro del distinguido escritor peruano D. Edwin Elmore, acerca de la iniciativa de un Congreso de trabajadores intelectuales hispanoamericanos, que el señor Lugones fundara su inhibición en sus apologías de la dictadura. Ese fundamento, no mencionado, en efecto, por el señor Lugones, lo deduje yo por conocer con bastante exactitud sus últimas ideas políticas. Desde luego, no creo que el señor Lugones pretenda negar su adhesión a la dictadura, a menos de haber mudado de criterio — improbable versatilidad — desde el 14 de enero de 1925, en que reprodujo en *La Nación* íntegramente el muy sonado y discutido discurso que pronunció en Lima con motivo de las fiestas conmemorativas de Ayacucho. Merece ese frondoso discurso que trascibamos sus párrafos más pertinentes a la cuestión, para que el señor Lugones no se queje de que se le desfigura su pensamiento en este lado del Atlántico, como, a juzgar por sus palabras, se hizo en la otra orilla.

Ya en la carta en que el señor Lugones pide al director de *La Nación* la publicidad de todo su discurso, para fijar las responsabilidades que le alcanzan en «las diatribas» de que, por lo visto, fué objeto en varios países de América y especialmente en el suyo,

(1) Véase la entrega N.º 14 del tomo en curso.